

LO QUE
CALLAN

TUS

Labios

ALEXIA MARS



LO QUE
CALLAN
TUS
Labios

ALEXIA MARS

LO QUE
CALLAN
TUS
Labios

ALEXIA MARS



Ediciones Kiwi

EDICIONES KIWI, 2025
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



Ediciones Kiwi

Primera edición, mayo 2025
IMPRESO EN LA UE
ISBN: 978-84-10479-78-4
Depósito Legal: CS 270-2025

© del texto, Alexia Mars
© de la cubierta, Borja Puig
Corrección, María Coma

Código THEMA: FR

Copyright © 2025 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com
www.grupoedicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Para vosotros.



PRÓLOGO

Era tarde, muy tarde. No llevaba ningún reloj encima, pero lo dedujo por dos factores: el cansancio y esa imagen oscura que se filtraba a través de la ventana. A las siete en punto sonaría el despertador, como cada día, y Lena no podía conciliar el sueño. Le dio un puñetazo a la almohada y hundió la cara para amortiguar el grito que escapó de sus labios. Se incorporó y se quedó mirando el techo.

Veinte de junio. Otra vez. Odiaba ese día.

Se puso en pie y anduvo de arriba abajo por la pequeña habitación que compartía con su compañera de universidad. Los gritos exultantes que provenían del exterior la molestaban porque esa noche no había fiesta para ella, solo dolor.

Cerró los ojos y oyó el disparo en su cabeza, como si alguien estuviese apretando el gatillo. Se miró las manos y, a pesar de estar completamente limpias, las sintió manchadas de sangre.

La sangre de él.

Lloró hasta que se quedó sin aire en los pulmones. Se tumbó en el suelo y, tras unos segundos, gateó en dirección a la mesita de noche de Ana. Abrió el segundo cajón y rebuscó con desesperación entre su ropa interior. No tuvo que hurgar mucho entre sus cosas, enseguida encontró la petaca repleta de tequila. Pegó un trago y después otro y otro hasta terminarla.

Se puso en pie, tambaleante, y fue hacia el portátil. Era una estupidez, lo peor que podría hacer, pero estaba borracha y se la sudaba. Tampoco había nadie que se lo impidiese, ¿no? Se conectó a Instagram y consultó los dos perfiles que más la atormentaban: los de ellos. Durante más de media hora cotilleó sus fotografías.

De pronto, sonó el teléfono.

Lena se asustó. Parpadeó y, antes de cogerlo, comprobó la hora en su portátil: las dos de la mañana. Nadie llamaría a esta hora sin una buena razón, y mucho menos a ella, en este día.

Leyó el nombre en la pantalla y puso los ojos en blanco: Alicia, su mejor amiga de la infancia. Desplazó la vista hasta la mesa del escritorio y la fijó en la carpeta que ocultaba la invitación de boda.

Lena suspiró y la maldijo por no dejarlo estar. Pensó en el mensaje que le había enviado y resopló por tener que enfrentarse a ella después de su salida tan cobarde. ¿De qué había servido si ahora la llamaba? Con las horas que le había costado redactarlo:

Lo siento, Ali, de verdad, pero no puedo volver.
Espero que, pese a todo, lo entiendas. Te juro
que os deseo lo mejor, sé que seréis felices.
Ojalá fuese diferente y pudiésemos volver atrás,
a las de antes. Que seas muy feliz. Los dos.

Desbloqueó el teléfono móvil y lo alzó con torpeza hasta su oído:

—¿A... Alicia? —Su voz sonó algo pastosa.

—Por favor... por favor... te lo suplico. Espera.
¡Espera, por favor! Mira, lo siento, ¿vale? No se lo diré,
nadie lo sabrá...

Lena tragó saliva y una inquietud le estrujó el pecho.

Un palpito conocido y aterrador la tambaleó. Se quedó muda, incapaz de hablar. Su mente se trasladó a otro instante, en el mismo día, pero en un año y una hora distintos. Apretó los párpados y las lágrimas rodaron por su rostro.

Se oyó un sollozo y no estuvo segura de si le pertenecía a ella o a su antigua amiga.

—¡NOOO! —el grito de Alicia le heló la sangre.

Le siguió un golpe sordo, otro chillido desgarrador y, después, silencio. La llamada se cortó. Lena continuó inerte, con la respiración entrecortada. Se ordenó moverse y dio varios pasos hacia el baño. Le pesaban los pies. Estaba en *shock*. No podía volver a pasar por esto... No le quedaban fuerzas.

Cerró los ojos mientras la cisterna sonaba y la tubería ahogaba los gritos de su amiga. Salió del servicio con tantas lágrimas que ni distinguía su cama.

—Alicia... —susurró antes de desmayarse.



CAPÍTULO 1

Notó un pinchazo en la mejilla, similar al de una aguja sobre la piel. El frío le acarició la cara y la trajo de vuelta desde el mundo de los sueños. Lena parpadeó antes de abrir los ojos. ¿Dónde estaba? Un pitido se le instaló en las sienes y le provocó un escalofrío. Tragó saliva y notó la boca reseca, amarga. Se incorporó hasta quedar sentada.

—No deberías hacerte esto, tía.

La voz de Ana la asustó y le hizo dar un brinco. Miró en su dirección y tuvo que alzar la cabeza para encararla, pues estaba en el suelo y su compañera de habitación la miraba desde la cama. Pese al tono de su voz, en sus ojos no había reproche, tan solo compasión. Ella conocía su historia y sabía que cada veinte de junio volvía a

su caparazón interno para huir de los recuerdos y del pasado.

—¿Qué ha...? —Lena arrugó la frente, intentó poner en orden la mente y rellenar los huecos en blanco. Ana cabeceó hacia ella y la obligó a seguir su mirada, que estaba fija en la petaca que continuaba en el suelo, olvidada y vacía, como pudo comprobar al levantarla. —Vaya, lo siento. No sé cómo...

—Tranquila, lo necesitabas —la cortó—. Pero a la próxima, espérame. Podríamos habernos montado una buena, como en Ibiza. ¿Te acuerdas? —Soltó una risita, que contagió la de Lena. Ambas pensaron en esa escapada del año anterior.

Fue un fin de semana *destroyer*, como lo llamaban. Cogieron un vuelo el sábado y se plantaron en la isla a mediodía. Después de dejar las maletas y tostarse un poco bajo el sol, se pusieron monísimas y se comieron la noche, el suelo y algún que otro labio por ahí. Sobre todo Ana, que ligó con un alemán y desapareció hasta el día siguiente.

Lena dobló las rodillas y se abrazó las piernas mientras le sonreía de medio lado. Varios mechones de su enredado pelo le cayeron por encima del rostro.

—Por cierto, tu hermana me ha mandado varios mensajes; dice que no te localiza. Que la llames cuanto antes. Por su voz, he deducido que era urgente; parecía alterada.

«Por favor... por favor... te lo suplico. Espera. ¡Espera, por favor! Mira, lo siento, ¿vale? No se lo diré, nadie lo sabrá...».

Esas palabras acudieron a su mente. ¡Alicia! Fue como si se accionase un interruptor y se completasen los vacíos de la noche anterior. El insomnio, la bebida, las imágenes y la llamada de Alicia: ¡no había sido una puta pesadilla!

Alicia.

Al pensar en ella se puso de pie con el corazón saliéndosele por la boca; ¡tenía que hablar con Ali! Necesitaba saber que estaba bien. Rezó para que fuese una broma de mal gusto, de esas que gastaban en el instituto, pero sabía que no. Por muy enfadada que estuviese, Alicia nunca le haría eso.

Le había pasado algo.

Se puso una mano en el pecho y se tambaleó. Se apoyó en la silla que complementaba su escritorio y, a los pocos segundos, notó la mano insegura de Ana sobre su hombro.

—Lena, ¿qué pasa? ¿Te encuentras bien?

Le dio la vuelta y la zarandé, preocupada ante el estado abatido de Lena. Esta se mordió el labio y no pudo evitar que dos lagrimones surcasen sus mejillas. Negó con la cabeza y las piernas le fallaron.

«¡NOOOO!».

—Dios... Dios mío, Ana. ¡Fue real!

Rompió a llorar y su amiga la abrazó.

—Lena, necesitas ayuda. Igual... No sé, tía. Una psicóloga o algo. A mi madre le fue bien con la depresión. No digo que tú tengas nada de eso —se apresuró a añadir—, pero desahogarte con alguien puede irte bien.

Lena movió la cabeza y se apartó de ella. Se limpió las lágrimas con el reverso de la mano y dejó escapar otras nuevas mientras la imagen de Alicia acudía a ella.

Rubia, de cara ovalada, largas pestañas y sonrisa pícara. Ojos marrones con tintes verdosos. Un hoyuelo se formaba en sus mejillas cada vez que se reía con ganas. Era *sexy* y guapa, con un aire a Ester Expósito del que solía presumir porque, además, compartían apellido.

La echó de menos y quiso gritar de dolor porque sabía que ya nunca la iba a recuperar. La había alejado de

su vida y temía que fuese para siempre. Ojalá se tratase de un mal sueño.

«Que esté bien, por favor».

—Piénsalo, al menos —le pidió Ana, suplicándole con la mirada.

Lena no quería explicarse. ¿Qué le iba a contar? ¿Que ayer, en medio de una borrachera, creyó oír cómo golpeaban a Alicia? Se reiría de ella.

Además, quizá se montó una película. A ver, había bebido. Mucho. Y ni siquiera recordaba bien las cosas. No había pasado, imposible...

Un momento, ¡el móvil!

Lo buscó por toda la habitación ante la alucinada mirada de Ana. Sentía una opresión en el pecho y una especie de nudo en la garganta de esos que experimentas cuando las cosas van mal.

Se quedó quieta y se presionó los párpados con los dedos. ¿Dónde...? El baño. Estuvo allí, fijo. Corrió hacia la puerta y la abrió con fuerza. La tapa estaba levantada y se veía claramente el objeto negro, sepultado por el agua.

Joder. ¡JODER! ¡Se había cargado el móvil! Lo sacó, haciendo una pinza con el índice y el pulgar, con una mueca de asco.

—Tía, dudo que vaya. —Ana estaba situada justo detrás de ella y examinaba el teléfono con una arruga en la frente. Lena la miró sin decir nada, intentó encenderlo sin éxito y suspiró, despacio. Adiós a toda confirmación de la llamada—. ¿Quieres que probemos a meterlo en arroz? Aunque tiene pinta de haber muerto —propuso. Lena se encogió ante esa palabra. «Muerto». ¿Y si Ali...? «Que esté bien, que esté bien», pidió para sus adentros—. Toma, anda, coge el mío.

Ana le pasó su iPhone y se hizo a un lado. Lena introdujo el número de Marta y esperó tres tonos hasta que le respondió:

—¿Sí?

—Soy... yo —contestó con un hilito de voz.

—¿Lena? —replicó. El nudo de la garganta le apretó más fuerte—. ¿Lena? —repitió, aunque a ella se le atascaron las palabras en la boca, como la noche anterior. «Por favor, Ali, por favor, que no te haya pasado nada». Su respiración se tornó pesada—. Te oigo respirar, Lena. Sé que estás ahí. Joder, es importante. —Percibió la impaciencia en la voz airada de su hermana.

—¿Qué...? —Tragó saliva—. ¿Qué ha pasado? —El tono de su voz se tornó tan agudo que no parecía el suyo.

—Es Alicia —confirmó su hermana. El sollozo se le escapó de los labios, sin poder contenerlo más. Lena cayó al suelo, derrotada. Otra vez no. No podía pasar por lo mismo, la destruiría. Ya notaba el dolor; ese que surge desde las entrañas y arrasa con todo. Lo conocía bien—. Amelia está muy preocupada, no da con ella. Y nadie parece haberla visto desde ayer. Dime que te ha llamado, que te ha escrito o algo. Supongo que estará bien, ya la conoces. Pero, joder, podría dar señales. ¿Se te ocurre algún sitio en el que pueda estar? —Al ver que Lena no le respondía, soltó un bufido—. Supongo que estarás de resaca, así que no te molesto más —dijo. Lena no se esforzó por desmentir su suposición: su hermana la conocía bien y sabía lo difíciles que eran para ella estos días—. Te llamaré en cuanto aparezca.

—Va... vale —susurró.

Lena se metió en la cama y solo salió por la tarde para comprarse un móvil nuevo y hacerse un duplicado de la tarjeta. Cuando por fin tuvo conexión, se instaló todas sus aplicaciones y grupos de WhatsApp.

Esperó durante horas a que Marta le diese una buena noticia, lo que fuese para calmar esa sensación de angustia que le impedía respirar.

No llegó nada.

CAPÍTULO 2



El nudo del estómago era tan grande y tan revelador que no lo aguantó ni un minuto más. Miró el reloj y no le importó que marcase las nueve de la mañana. No había pegado ojo, así que llevaba horas dando vueltas por la habitación, como un animal enjaulado.

Marta odiaba madrugar y, por consideración a ella, había esperado todo lo que sus nervios le habían permitido, pero se acabó. Su paciencia había llegado al límite.

Marcó y, al segundo tono, su hermana se lo cogió. ¿Un sábado despierta a las nueve? Se mordió el labio, aterrada. Presentía lo peor.

—¿Te... te has enterado? Lo sabes, ¿verdad? ¿Ha sido Lucía? ¿Te lo ha dicho ella? —preguntó Marta.

Jadeó.

—No. Quería... necesitaba saber qué había... —Su hermana lloró.

Lena no pudo seguir balbuceando.

—Alicia... —Lena se tapó la boca con la mano—. Dios mío, Lena. Ni siquiera sé cómo decírtelo. —Su hermana dejó de hablar e hizo una pausa que le pareció eterna. La oyó llorar al otro lado de la línea—. Ojalá no hubiese pasado. Lo siento, Lena. ¡Lo siento tanto!

—¡Habla de una vez, Marta! —escupió con rabia porque eso era lo que sentía. Rabia. Contra sí misma por no haber estado a su lado, por no haberlo evitado y porque alguien había escogido esa maldita fecha para destruirla de nuevo.

Rabia contra todo y todos. ¿Quién podría haberle hecho daño? ¿¡Quién!?

—Creen... piensan que ella... corre el rumor de que se ha suicidado. Han encontrado una nota en la cabaña. Pero no hay ni rastro de Alicia.

—Eso es imposible. —Estaba segura; había oído la pelea.

—¿Por qué lo haría? —Marta sollozó—. Lena, vuelve. Vuelve. Te necesito.

Lloró hasta que sintió que no le quedaban fuerzas.

Marta aguardó pacientemente mientras repetía que lo sentía una y otra vez.

—No puede estar muerta, no puede. Ali... no.

«Por favor... por favor... te lo suplico. Espera. ¡Espera, por favor!».

¿Suicidio? Y una mierda. Ali no había estado sola. Esa noche había habido alguien más.

—Ojalá se equivoquen y la encuentren en la batida de esta tarde, pero pinta mal. No... no tenemos esperanzas. ¿Lena? ¿Me oyes? —Tragó saliva antes de contestar.

Era la decisión más dura que había tomado en su vida.

—Voy a volver, Marta —afirmó.

Por supuesto que lo haría. Alicia había sido asesinada y ella era la única que lo sabía. Buscaría justicia por su amiga. En ese mismo instante, se juró que no renunciaría hasta sacar a la luz toda la verdad.



CAPÍTULO 3

La distancia que le quedaba era corta. Cambió de marcha y redujo cuando tuvo al alcance el cartel de «¡Bienvenidos a Cantabel!». Cantabel. El típico pueblo pequeño de una comunidad autónoma grande. Pequeño, pero con suficientes recursos para todo. En Cantabel había comercios, colegios, academias... Vida. Era de esos lugares en los que no pasa nada hasta que lo hace, y entonces todo sucede en cadena: tragedia tras tragedia.

Lena había jurado que no regresaría y en ese momento estaba a unos metros de romper esa promesa. De nada había servido optar por una universidad que quedaba a setecientos kilómetros de distancia porque, ¡sorpresa!, no se puede pasar página cuando los fantasmas del

pasado van contigo, pegados al cuerpo como si fuesen una segunda piel.

Su subconsciente, acosador incansable, la había martilleado en sueños. Y de ellos no se puede escapar, como tampoco de los recuerdos que la habían obligado a revivir lo que había pasado en un bucle asfixiante.

Aquí, en este asfalto pedregoso, había dejado lo más importante que tenemos: el corazón. Hay quienes viven doscientos años sin una pizca de lo que experimentó ella: un amor de esos que arrasa con todo, que consume hasta al alma más cándida y que destruye cualquier cimiento. Lena había amado con intensidad y con esa misma fuerza lo había perdido todo. Siempre hay un precio que pagar y el suyo había sido doloroso; le había costado la conciencia.

Qué imbécil había sido al creer que podía sepultar su pasado como si nada.

Lena accedió al pueblo justo cuando sonó la canción *Somos nada* de Christina Aguilera. Así se sentía, tal y como decía la letra, a punto de saltar. El corazón le palpitó con furia mientras, por el rabillo del ojo, observaba a la gente que, obviamente, ignoraba su entrada.

Enfiló la avenida principal y, antes de tomar la

rotonda que daba acceso a la mayoría de calles, frenó, indecisa. Se mordió el labio y miró unos segundos hacia la derecha, camino que la llevaría a su antiguo hogar. Luego al centro. Si seguía por allí, iría directa a casa de... Cerró los ojos.

Se vio a sí misma enfilar ese trayecto en moto. Su risa era contagiosa. Ella le apretaba la cintura con las manos para no caerse. El viento les golpeaba con fuerza, pero no les importaba, eran ajenos a todo lo que no fuesen ellos mismos. Desprendían feromonas bañadas en purpurina rosa.

Lena todavía podía cerrar los ojos y notar ese hormigueo de anticipación, esa piel de gallina cuando sus besos habían recorrido cada rincón. Piel con piel, corazón con corazón.

Un amor que prende fuego.

Un amor que consume.

Un amor que destruye.

Echaba de menos esa sensación: la de dejarte llevar hasta caer en la gloria del vacío. La que se siente cuando vives el presente sin preocupaciones ni penas. Echaba de menos a esa Lena, la que desconocía lo que era el fustigamiento interior. La que no lloraba ni sufría.

Con un largo suspiro, se decidió por la izquierda: la casa de Alicia.

Era lo justo, lo que su amiga habría querido. Los padres de Alicia tenían una empresa de exportación y se pasaban más tiempo fuera de España que dentro. Viajaban tanto que Alicia había acabado mudándose con la única persona que le importaba de verdad: su abuela materna.

La señora Amelia Martínez había sido también una abuela para la propia Lena, casi más que la suya, que los visitaba bien poco. Amelia les había preparado las meriendas al terminar las clases y las había dejado dormirse tarde cuando eran pequeñas y se habían quedado en su casa. Al crecer, había seguido siendo un refugio para ambas.

Merenguito, como había llamado a Alicia, había sido la luz de su vida. Ahora la pobre mujer estaba sola, destrozada. Lena tenía que apoyarla. Se quedaría a su lado hasta que encontrasen a Alicia o su cuerpo... ¡No la abandonaría! Aunque eso significase regresar con regularidad al jodido pueblo.

Mientras se acercaba a la vivienda, dudó. Los padres de Alicia estarían a su lado y no quería molestarlos en

una situación tan delicada. Sin embargo, a pesar de los peros y las reservas, pasó con el coche frente a su puerta, asomándose por la ventana del copiloto para observar si había movimiento.

Nada.

Parecía vacía, y seguramente así estaría. La noticia tendría que haber devastado a la anciana y su hija se la habría llevado consigo para alejarla de esa casa que tantos recuerdos le traería.

Aparcó y bajó del coche con paso lento. Algo, una especie de presentimiento interior, la obligaba a avanzar y a comprobar que Amelia estuviese bien. Quizá era su conciencia, que la presionaba por no haber estado cerca de Alicia, por no haberla salvado a tiempo; puede que no hubiese sido un consuelo para su amiga, pero lo sería para su abuela.

Tocó la puerta con el puño y esperó. Dio media vuelta y le extrañó no encontrar mucha actividad alrededor. Aunque, por otra parte, era pronto: las cuatro de la tarde, y encima domingo.

Un niño pasó por su lado con su perro labrador e intentó controlarlo cuando este quiso salir corriendo.

Lena se agachó y, con mucho cuidado para que nadie

la viese, metió la mano en la maceta de lirio de la paz que decoraba la entrada de la casa, rebuscó por la tierra y sacó la llave de repuesto.

Cerró los ojos y se trasladó al pasado, antes de que hubiese sucedido nada.

Era de noche y volvían de una fiesta. Los padres de Lena la habían dejado quedarse a dormir como casi todos los sábados:

—¿Por qué la guardas ahí? Si te ve alguien, podría entrar —la regañó Lena al ver cómo extraía la llave de la maceta.

Alicia se encogió de hombros y puso los ojos en blanco.

—Qué dices.

—Es peligroso —insistió Lena.

—¿Peligroso? Tía, ¿hablamos del mismo barrio?

—Mi padre se pondría hecho un toro si me pillase haciendo eso. Me machaca mucho con el tema. Sobre todo, desde que perdí las llaves.

—¿Cuándo? Porque ya van tres veces. —Se burló con una carcajada.

Lena sonrió y le dio un empujoncito cariñoso.

—Calla, anda, y no cambies de tema. Tu abuela está sola, ¿y si alguien te ve y entra a robarle?

—Lo más emocionante que ha pasado en el último mes ha sido la escapada de la señora Elvira.

Al recordarlo, las dos lanzaron una carcajada. La señora Elvira, una anciana de ochenta años, había aprovechado un descuido de su cuidadora para huir de la residencia de la tercera edad en la que sus hijos la habían recluido. Se había lanzado carrera abajo entre chillidos que sacaron de sus casas a medio vecindario. Alicia y Lena lo habían vivido en primera persona justo cuando salían de casa de Amelia.

—Cómo corría. Menuda cara se le quedó al hijo.

—Bah. Que le den. —Sus rasgos se contrajeron—. No se lo perdonaría en la vida a mis padres. Jamás —finalizó con los labios apretados. Los nudillos se le pusieron blancos cuando cerró la mano en un puño. Lena la miró con pena, sabía que ese era el gran miedo de su amiga: que le arrebatasen a Amelia.

—A tu abuela nunca le harían eso. Ella no lo permitiría.

Alicia sonrió.

—Tienes razón. Menuda liaría.

—Y nosotras. —La abrazó, y rieron. Entraron en la casa con tanto jaleo que, al final, despertaron a Amelia.

Lena abrió los ojos y volvió a la realidad, sintiendo cómo le caían las lágrimas. Tragó saliva y dio un paso, decidida. Metió la llave en la cerradura y entró. La oscuridad la recibió. La mujer tenía todas las persianas bajadas y las habitaciones se hallaban en penumbra, como cuando te vas de viaje y ocultas hasta el último resquicio de luz.

—¿Amelia? —preguntó. Nada. Quizá se habría largado con su hija—. ¿Hola? Soy Elena.

Se giró y, justo cuando puso una mano en la manivela para irse, oyó un ruido. Sintió una punzada en el corazón y la respiración se le tornó pesada. Dio varios pasos hacia el fondo de la casa, donde estaba la salita. Una pequeña luz, que pertenecía a la diminuta lamparita de la mesa, iluminaba la habitación.

La silueta de la señora Amelia se apreciaba desde su posición. Lena se acercó a ella y soltó el aire contenido al ver que la mujer se había dormido, pues tenía

la cabeza colgando hacia delante. Un libro yacía en el suelo.

Se acercó, despacio para no asustarla, y sus dedos rozaron su mano, que estaba fría; muy fría. Le dio un suave apretón y la llamó dulcemente. Después le rozó la mejilla y la cabeza cayó hacia atrás.

Lena gritó.

Los ojos de la señora Amelia estaban abiertos, fijos en los suyos, pero sin vida.